

LOS GOZOS Y LAS SOMBRA S DE LITA TRUJILLO

Ex actriz de los años dorados de Hollywood, viuda de Ramfis Trujillo y destacado miembro de la *jet set* internacional, Lita Trujillo rememora en un *flashback* interminable su apasionante vida de tragedia griega.
Por JUAN CARLOS RODRÍGUEZ.
Fotografía de Juan Martínez.

Su verdadero nombre es Lia; su nombre artístico, Lita Milán; su nombre de viuda, Lita Trujillo. Al cabo de diez años de contacto telefónico, de eternas charlas en la madrugada (porque ella es ave nocturna y tiene mucho carrete), esta mujer tridimensional me cita de cuerpo presente en su sombría mansión de La Moraleja, una elitista urbanización situada a las afueras de Madrid. Ha preferido quedar a las nueve de la noche para evitar el calor sofocante de agosto, y quizá porque se siente más cómoda entre las sombras. “Yo sólo soy una sombra andante”, asegura citando a Faulkner. Al caer el sol, los fantasmas salen de parranda por este palacete decadente que en su día perteneció al banquero Juan March. Un caserón de cuatro plantas donde Lita, ex actriz de los años dorados de Hollywood y viuda de Ramfis Trujillo (hijo predilecto de Rafael Leónidas Trujillo, dictador ▶

Lita Trujillo en las escaleras de su casa madrileña de La Moraleja con su perro, Golden Boy.



En sus comienzos como actriz, con 17 años, cuando se la conocía como Lia Milán.



Unos de los jarrones que decoran la casa.



En los brazos de Paul Newman en la película *El zurdo* (1958).



Abajo, con el actor Joseph Cotten. A la derecha, cómoda con fotos del matrimonio Trujillo.

Arriba, Lita fotografiada por Gyenes en Marbella, en 1978. Abajo, escalera de su casa madrileña.



A la derecha, su Rolls Royce Corniche de 1975. Abajo, con Ramfis Trujillo, su difunto marido.



de la República Dominicana durante 31 años) brilla de noche como una luciérnaga existencialista. Sobreviviendo a su angustia vital con lecturas de Camus, una *pasti* de Orfidal y ocho zanahorias crudas.

Orlando, su mayordomo peruano (el personal de servicio está compuesto por cuatro personas, incluyendo el chófer de su Rolls Royce Corniche del 75) me invita a pasar a un pequeño cuarto. Mientras la señora se acicala en la planta de arriba, aprovecho para echar un vistazo a las fotos de la entrada: Trujillo en uniforme (le llamaban *Chapita* por su afición a las condecoraciones), Ramfis jugando al polo, una esplendorosa Lita retratada por Gyenes en los 80... Junto a un salón rococó está el escritorio que perteneció a su difunto marido. Dentro hay una variada biblioteca con libros visiblemente usados (de Nabokov a Wolfe pasando por biografías de Marilyn Monroe o Juan Antonio Perón), pomposos diplomas académicos y militares, un machete que hace de pisapapeles... “Luego te enseñaré las botas que llevaba Trujillo la noche en que lo mataron”.



El cuarto de hora, la anfitriona baja por una cinematográfica escalera de caracol decorada con un mural de estilo romántico. Inevitablemente, comparo esta escena con el memorable descenso de Gloria Swanson/Norma Desmond en *El crepúsculo de los dioses*. Encaramada a unos zapatos de Ferragamo, Lita Trujillo viste vaqueros, una escotada camiseta negra y cinturón dorado. *Look* rockero-marbellí. Colgando del cuello, una refulgente estrella de David recuerda su origen judío. Su melena castaña y sus inseparables gafas oscuras apenas dejan ver un anguloso rostro surcado por una vida de tragedia griega (y por la traicionera mordedura de uno de los 25 perros que ha llegado a tener: el último, un golden retriever al que llama Golden Boy). En su tímido abrazo, la estrella fugaz deja un rastro a Guerlain Imperial, la colonia que utilizaba Trujillo y que siguen usando ella y sus dos hijos, Ramsés y Ricky, crecidos cachorros de la *jet set* más campera.

“¿Diez años ya, *Huan Caglos*? ¡No puedo *creeglo!*”, saluda con su chispeante y cosmopolita acento al comienzo de la entrevista, que arranca a las nueve y media de la noche y concluye, sin recesos, a las cinco de la madrugada (para la próxima me traigo el pijama y el cepillo de dientes). “Me siento culpable por haber aplazado esta cita durante tanto tiempo. Sabes que soy una *friki* del lenguaje y que tengo miedo a no ser exacta; pánico a no reconocermene en las fotos”, se excusa con exquisita educación. Le recuerdo que, en efecto, ya ha transcurrido una década desde que Mario Vargas Llosa publicó *La fiesta del Chivo*, el libro centrado en la figura del sátrapa dominicano y los días que precedieron a su “ajusticiamiento”. Para bien o para mal, *El Jefe* fue suegro de Lita, circunstancia que me llevó a contactar con ella en el año 2000 con motivo de un reportaje sobre la saga de los Trujillo.

Su conversación exuberante, culta y torrencial, atrapa como una tela de araña. Quien la escucha por primera vez puede pensar que padece incontinencia verbal. Craso error: Lita es “un *flashback* interminable” que va saltando del presente al pasado, de Belén Esteban a Paul Newman y de ahí a Sartre, sin que aparentemente haya un hilo conductor. Su interlocutor apenas puede dejarse arrastrar por su “riachuelo de conciencia”, como ella llama a su *stream of consciousness* o monólogo interior. En esa cascada incesante a veces se inventa palabras (como *ausadía*, mezcla de audacia y osadía), celebrando con una sensual carcajada su neolitismo.

Alterada ante el “síndrome del periodista”, me confiesa que se ha

chutado un Orfidal y medio Valium 5 para tranquilizarse. Luego reprende al mayordomo por haberme servido una Coca-cola en lugar del cóctel *Lita*, una mezcla de jugo de limón, pomelo, piña, granadina y hierbas de menta. “Es un cóctel que pide ron o ginebra, pero a mí nunca me ha gustado beber alcohol. Curiosamente, hace poco leí una antigua reseña en la que se afirmaba que Lita Milán (su nombre artístico) ahogaba sus penas con vodka y aspirinas. Ja, ja, ja. Por entonces yo debía tener 17 años. ¡Créeme, no he bebido alcohol en mi vida!”. Más serena, comenta que el vulgar refresco desentona con el escenario de seducción que ella me había preparado. “Todos queremos seducir a todos, y quien diga lo contrario miente”, declara una mujer a la que nunca le han faltado galanes. Entre ellos, Paul Newman, Steve MacQueen y Joseph Cotten, con quienes trabajó en el Hollywood de finales de los 50. O el propio Ramfis Trujillo, “el único hombre del que he estado realmente enamorada”, la esencia de la galanura.

Hablando de *flashbacks*... Lita y Ramfis aterrizaron en España en 1965, cuatro años después del fin de la ‘Era de Trujillo’ (1930-1961). Procedentes de la *jet set* internacional, eran guapos, ricos y famosos. Sin embargo, su apacible vida en Madrid se vio truncada cuatro años más tarde por un fatal accidente de tráfico: en diciembre de 1969, Ramfis fallecía en una clínica madrileña después de que su Ferrari 365 California se estrellara con el de la duquesa de Albuquerque, que murió en el acto. A sus 39 años de edad, dejaba viuda y dos hijos pequeños, más otros seis de un matrimonio anterior. A partir de entonces, Lita se dedicó “a soñar, a sufrir, a cantar y a meditar—como escribió Unamuno— ... por no decir que a vender bragas en El Corte Inglés, pues a pesar de ser judía, nunca he sabido generar dinero”.

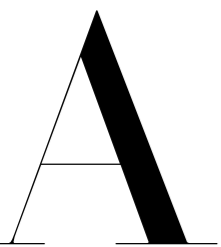
Musa de intelectuales, irresistible carne de negrita para columnistas hambrientos de personajes con fuste, su amigo Francisco Umbral la definió como “una bella manzana golpeada”, aunque ella, coqueta pero sincera, apenas se reconoce ya en esa metáfora: “Me veo como una manzana golpeada cada vez menos bella”. Cuando se le pregunta por su fecha de nacimiento contesta con sorna que “a una chica nunca se le pregunta qué edad tiene ni si lleva extensiones en el pelo”. (Le quita años a los acontecimientos históricos con tal de no envejecer). Y si el periodista no se da por vencido, añade: “Soy un cactus nacido hace 5.770 años en el desierto de Judea”. En definitiva, “una mujer de repente, del mismo modo que el escritor Amos Oz dijo que Israel es un país de repente”.

De padre húngaro y madre austriaca, el cactus Iris Lia Menszeleky nació casualmente en Tel Aviv cuando el Estado de Israel aún no estaba reconocido. “Durante mucho tiempo pensé que no debía haber nacido; no figuraba en los planes familiares”, sentencia quien desde niña viene arrastrando una “tristeza inherente”. Cuando vino al mundo, sus padres ya habían emigrado a Nueva York, de modo que ella se crió junto a su hermana Myrna, 14 años mayor que ella, en Hell’s Kitchen (Cocina del infierno), al norte de Little Italy, uno de los barrios más humildes y pintorescos de Manhattan. Educada en un ambiente liberal, ateo y sin dogmas, su espíritu hipersensible nunca encajó en las calles que pisó Vito Corleone en *El Padrino*.

A su padre, un diseñador de pieles que había trabajado en Los Ángeles como actor de frases cortas, lo asesinaron a finales de los 70 en un ascensor de Nueva York cuando iba a presentar a un cliente una mantita de chinchilla y terciopelo azul para bebés. De la mano de su madre, un ama de casa y ex modelo con inquietudes culturales, vio en Broadway ▶

FOTOS: CORTESÍA DE LITA TRUJILLO, JUAN MARTÍNEZ, MAQUILLAJE: MARÍA GARCÍA PAPA DIOR Y SEBASTIAN, ESTILISMO: LORENA MARTÍNEZ.

obras protagonizadas por Paul Newman (*Picnic*) o Marlon Brando (*Un tranvía llamado deseo*). “Me llevé una gran decepción cuando descubrí que mi mamá no leía a Eugene O’Neill, sino los resúmenes de sus libros que publicaba Selecciones del *Reader’s Digest*”. Su hermana Myrna encabeza una antigua lista de “Cosas que no soporto”. A saber: La Cocina del Infierno, los sonidos guturales, el relleno de los bikinis, las viviendas construidas junto a los comercios, la ausencia de verde, de cielo y de belleza... “Busco la belleza y la estética en todo. Quiero pensar que estoy hecha de la misma materia que los sueños” (Shakespeare).



compañada por una familia amiga de sus padres, a los nueve años viajó a París para continuar sus estudios, decantándose enseñada por Literatura, que absorbió como una esponja. En París encuentra la belleza... y un novio cubano, su primer amor. Ella tenía 14 y él 20: siempre le atraeron los chicos mayores. “Me pareció Marlon Brando porque estaba en París, pero en el fondo significaba la posibilidad de huir de mi entorno”. También se enamora platónicamente de Albert Camus, “mi Humphrey Bogart literario”. Se convierte al existencialismo, “encontrando mi esencia entre las sombras”. Y sueña con ser una gran actriz de teatro al estilo de Juliette Gréco. Tras una breve estancia en Milán, borracha de literatura a una edad demasiado temprana como para asimilar a Baudelaire, regresa al hogar convertida en una francesita. Refinadísima.

Desde los 13 años había empezado a ganar dinero haciendo fotovelas, tras posar para un fotógrafo y hacer sus primeros pinitos en un anuncio de Ajax. “Nunca he vuelto a coger un estropajo”. Luego, sus años en París le permitieron contactar con los jóvenes bohemios de Greenwich Village. Tras aparecer en la portada de la revista *Look* consigue un trabajo de bailarina en Las Vegas. “Presenté a Nat King Cole con lentejuelas en los párpados y plumas en el culo. Pensé: ha nacido una estrella. Con el primer sueldo (250 dólares) me compré unos zapatos Ferragamo, marca que sigo usando por puro fetichismo”. Sus padres, asustados por la trayectoria disipada de su hija (tampoco aprobaban la relación del novio cubano que la había seguido hasta Nueva York), permitieron que se fuera a California, supuestamente para vivir con sus tíos. En Los Ángeles no tardó en contactar con Paul Kohner, un famoso representante de actrices que la llamaba “Litichka”.

Al primer casting acudió con pintas de italiana de posguerra: físico curvilíneo pero escaso de pecho, cejas pobladas y negrísimas, sencillo vestido negro realzado con sus taconazos de Ferragamo. Entró recitando un monólogo de William Soroyan y el “director de talento” se quedó sin habla. Su triunfo fue meteórico. Entre 1955 y 1958 intervino en una docena de filmes y en unos 35 telefilmes, contratada por los estudios Columbia. Frente a las bellezas explosivas de la época, como Kim Novak, a esta lobezná montaraz la vendieron como la sucesora de Silvana Mangano. Acababa de nacer Lita Milán. “Mi verdadero nombre, Lia, no gustaba por ser hebreo, y le añadieron esa “t” que todavía me agrade. El apellido se les ocurrió porque les dije que había estudiado en Milán”. Con ese nombre encarnó papeles estelares en varios filmes, como *El regreso del forajido*, con Anthony Quinn, *Nunca amas a un extraño*, con Steve McQueen, o *El zurdo*, con Paul Newman. Entre las teleseries, de la que más orgullosa se siente es de *El show de Joseph Cotten*, que protagonizó junto al prestigioso actor.

Anthony Quinn fue su pigmalión, su celoso guardaespaldas: “Él quería ser mi Svengali, moldearme y poseerme”. De Steve McQueen

le gustaba su *swagger*, su cadencia al caminar: “Íbamos todos los días en moto por Nueva York, a escuchar jazz, sacábamos a pasear a su perro Thor... fue mi atracción no fatal”. Con Paul Newman tuvo un “*affaire* de camerín, pero era demasiado decente como para enamorarme de él. Llevaba unos pantalones a la altura de los tobillos por los que asomaban sus calcetines blancos, y eso no me excitaba nada, ja, ja”. ¿Cómo pudo trabar amistad con estas figuras legendarias durante apenas tres años? “En la meca del cine nos conocíamos todos. En una película podían coincidir siete grandes actores, y de repente te encontrabas con Norman Bates (el asesino de *Psicosis*) en el súper”, estalla en una carcajada. Pero sin duda, lo que más ilusión le hizo a su madre, enamorada platónicamente de Clark Cable, fue que la niña llegara a hablar cuatro horas seguidas con él en su camerino.

Y en éstas se cruzó en su vida Ramfis Trujillo y se la volvió del revés. Fue en Mocambo, un *night club* de Los Ángeles donde se representaban monólogos políticos. “Yo estaba cenando con un productor cuando entraron un grupo de hombres con pinta de mexicanos, o eso me parecieron, porque eran morenos y llevaban bigote. Ramfis iba acompañado por su novia de entonces, Kim Novak, por una amiga de ambos, Zsa Zsa Gabor, y por el ex amante de ésta, el *playboy* dominicano Porfirio Ruborosa, *Rubi*, que estuvo casado con una hija de Trujillo. Kim se acercó a saludarme mientras el joven Trujillo no me quitaba los ojos de encima. Luego me enteré de que le había gustado mucho en *El zurdo*”. Apuesto, educado y exquisito, vio en Ramfis al galán de sus sueños, una irresistible síntesis de Errol Flynn, Clark Gable, Jorge Negrete y Omar Sharif. “Me deslumbró”.

Por deseo de su padre, Ramfis Trujillo, jefe de la Aviación de la República Dominicana, completaba su formación en Fort Leavenworth, una academia militar de Kansas City. A sus 29 años, estaba casado y tenía seis hijos (su esposa le pidió el divorcio a su regreso). Para descansar de la disciplina castrense, y por sugerencia de su ex cuñado, el vidvidor Rubi, recaló en aguas de San Pedro (Los Ángeles) con su yate *Angelita*, el más espectacular de la época. Nada raro teniendo en cuenta que su progenitor, el autodenominado “Benefactor de la Patria”, era la sexta fortuna del mundo tras haber convertido a la isla del Caribe en su empresa particular.

Ramfis Trujillo no tardó en invitar al velero a su nuevo amor. Enredados en un apasionado romance, el galán le tendió “la gran trampa”, como recuerda vívidamente Lita: “Él tenía que regresar a su país y me invitó a visitarle. Yo acepté a condición de terminar el rodaje de *I Mobster* (1958) a las órdenes de Roger Corman y me quedaban otras dos películas por hacer. La noche anterior a su partida nos habíamos despedido con una cena en su yate, pero de madrugada envié a dos amigos a mi piso. Me dijeron que él quería desayunar por última vez conmigo y, como ya estaba muy enamoradita, accedí a que me llevaran en limusina. Mientras desayunaba, con 13 marineros cantando para mí, el barco zarpó. Fue un rapto en toda regla. A él le pareció romántico, pero para mí fue una pesadilla grotesca. El director me llamó alarmado por radioteléfono (se acababa de quedar sin actriz protagonista) y, para no provocar un conflicto internacional, expliqué que me había indispuerto y que me estaban atendiendo en enfermería”.

El rapto fue la guinda de un escándalo anterior que a Ramfis le costó ser expulsado de la academia militar: la prensa publicó que el hijo del dictador estaba despilfarrando la ayuda exterior norteamericana, rega-

“TUVE UN *AFFAIRE* CON PAUL NEWMAN PERO ERA DEMASIADO DECENTE PARA ENAMORARME DE EL”

lando joyas, coches de lujo y abrigos de visón a varias actrices de Hollywood. Tras cumplir con sus compromisos cinematográficos, y a pesar de las advertencias de Anthony Quinn, Lita cumplió su promesa de reencontrarse con Ramfis. La estrella fugaz se despedía para siempre de su fulgurante carrera.

Lita llegó a Ciudad Trujillo (el nombre que adquirió durante el mandato del dictador Santo Domingo, capital de la República Dominicana) en una fragata tras hacer escala en Nicaragua. “Ramfis me dijo que me pusiera medias, a pesar del pegajoso calor caribeño”. Le aguardaba una fiesta sorpresa con 600 invitados en casa de Angelita, hermana de Ramfis. “Me quise morir”. Lejos de causarle rechazo, su futuro suegro, descrito en *La fiesta del Chivo* como “el monstruo que nunca sudaba”, le pareció “elegante y más alto de lo que era, aunque su viva mirada no se correspondía con su rigidez corporal. Su abrazo me calmó, al contrario que el de su mujer, María Martínez Alba, *La Española*. Con él bailé un merengue *apretao*. Olía a Guerlain Imperial”.

Tras la boda civil, Lita Trujillo vivió una temporada en Boca Chica, a bordo del *Angelita*. “Durante la invasión de Cuba tuve un intento de asesinato a manos de un niño llamado Pablito. Algún día te contaré esta historia, *Huan Caglos*...”, dice al filo de las cuatro de la madrugada. Sus biorritmos están en plena eferescencia; los míos, por los suelos. Los sándwiches se han terminado y ya no queda rastro del cóctel *Lita*.

Arrastrados por su *flashback* interminable llegamos al 30 de mayo de 1961, fecha en que asesinaron a *El Jefe*. A la pareja de recién casados la noticia les sorprende en París. Él regresa a su país y ella se queda “esperándole como Penélope” durante un año. Las crónicas afirman que Ramfis estuvo presente en las torturas y el asesinato de seis de los magnicidas, en Hacienda María. “Seré tan implacable como papi. Los quiero a todos vivos”, había advertido. Después exhumó el cadáver de su padre de la cripta de San Cristóbal y embarcó el ataúd en el yate rumbo a Cannes, para enterrar los restos en el cementerio parisino de Père-Lachaise (en la actualidad, padre e hijo descansan en el cementerio de El Pardo).

“Nuestra vida romántica y dulce se convirtió en un exilio trágico, en una tragedia griega”, suspira Lita, que tras leer *La fiesta del Chivo* se sintió “agredida por el retrato caricaturesco, banal y ridículo” que a su entender había hecho Vargas Llosa de su marido, “dibujando como un monstruo al único hombre que he amado en mi vida”. Antes de que se publicara la novela, Lita conversó “cinco horas con Mario” en su casa de La Moraleja. “Se sentó en el mismo sillón donde tú estás sentado. Le hablé del Ramfis que yo conocí, un hombre formado en Estados Unidos al que le encantaba la poesía, que era noble y decente, que vivía de acuerdo con sus códigos morales. Un alma demasiado delicada y sensible como para resistir 30 años en aquella isla. Adoraba a su padre, pero quería que se alejara del poder. ‘Papá y yo no podemos compartir el mismo país’, me dijo. Se llevaban una diferencia de siglos”.

A mediados de los 60, el matrimonio dejó París y se trasladó a Madrid, donde Ramfis, apoyado por el Gobierno, montó una empre-

sa frigorífica en Villaviciosa de Odón y más tarde otra de conservas en Tudela. Luego llegó el accidente mortal. “La primera persona que me dio el pésame fue Luis Miguel Dominguín”, recuerda la viuda. Poco a poco, su casa se fue llenando de artistas, políticos y periodistas. Entre ellos, César González Ruano, Emilio Romero, Francisco Umbral, Raúl del Pozo, Fernando Tola o Carmen Rigalt. Todos ellos fueron moldeando al personaje de luto y lentejuelas, a quien Tola bautizó “Lady Corniche” en alusión a su inseparable Rolls Royce Corniche del 75, “un miembro más de la familia”.

Durante muchos años, Lita organizó cenáculos en el “puticlub”, como Umbral definió al salón más kitsch de la casa, provisto de barra americana, butacas años 70 y farolillos rojos. “Acabé desencantada de estas tertulias, porque se convirtieron en una hoguera de las vanidades”. Ella nunca buscó salir en la foto: “Al contrario, siempre he sido empujada por personas que querían estar en la foto”, afirma esta asidua a las mejores fiestas de Marbella, donde se ha codeado con Sean Connery, Gunter Sachs o Alfonso de Hohenlohe. Hoy, desde el Rey al juez Garzón, pasando por Felipe González, la saludan con afecto cuando coinciden en un acto social. “Una de mis mayores satisfacciones es no haber sido rechazada por llevar el apellido del dictador, quizá porque nunca me he aferrado a ninguna ideología ni religión. He andado con tacones imposibles y he podido evitar todos los charcos”, añade con orgullo. No obstante, su relación intermitente con “el torero”, como llama con distancia a Jaime Ostos, atrajo sin remedio a la prensa del hígado.

Si algo le duele a Lita—lectora voraz de periódicos y enganchada permanentemente a la CNN—es que su imagen pública se asocie a la banalidad. Al estereotipo de mujer frívola que va de cóctel en cóctel oculta tras unas enormes gafas de sol, cuando en realidad “son mi burka para protegerme del mundo”. En este mundo de apariencias, ella discierne con rapidez lo falso de lo auténtico; es capaz de encontrar belleza entre mucha fealdad, y viceversa. “Mi libertad es inventar la belleza cuando la necesito. Y la necesito todos los días de mi vida”. Su inteligencia es volteriana.

“Lita sublima la frivolidad”, dice su “sister del alma” Carmen Rigalt, que la define como una persona “inteligente, educada y generosa, con gran capacidad para la introspección y de recrearse a sí misma”. Según la escritora y periodista, “cada vez la invitan menos a las fiestas, en parte porque acapara mucho a los señores y en parte porque va más a funerales”. “Eso nos ocurre a todos los que vamos cumpliendo trienios”, bromea su amigo Pedro Trapote, conocido empresario de ocio. “Pero ella es muy vital y últimamente goza mucho de la compañía de sus cuatro nietos”, añade. Antonio García Trevijano, abogado, pensador y destacado político republicano de la Transición, destaca “su inteligencia preventiva, que analiza las causas más que las consecuencias; su tendencia a la angustia vital, procedente de su educación judía; y una desnuda sinceridad que la hace destacar como una margarita en una sociedad llena de presuntuosos. Es tan temerosa”, prosigue Trevijano, “que se sube la minifalda para que no le vean el alma”.

Son las cinco de la madrugada. Tras ocho horas de entrevista, la mujer en 3D—Lia, Lita Milán, Lita Trujillo—me confiesa que a lo largo de sus tres vidas ha llevado una existencia inútil: “Lo he tenido todo y lo he perdido a medio camino. Soy un poco Sísifo”, suspira, y despierta a su chófer para que me lleve a casa. Mañana, la luciérnaga existencialista volará a Marbella. ■